

Apenas había salido el sol. Sir Taurinus levantó su celada y contempló las tropas presentes. Había renunciado a sus tierras en tanto que llevaba a cabo su búsqueda del grial, por lo que no había caballeros del reino en su mesnada, pero decenas de caballeros noveles se habían unido a sus filas como reconocimiento a su gran valor. Sonrió, él también había sido joven antes.

Ludwing pasó su callosa mano por la rasurada cabeza una vez más antes de abrir los ojos y contemplar el ejército. Sus humildes ropas de sacerdote guerrero estaban cubiertas por su pesada armadura, con tantas abolladuras de tantos combates. Ante él, varias escuadras de infantería esperaban bajo la fría madrugada en perfecta formación. Asió su sagrado símbolo de Sigmar con la mano derecha, y levantó los brazos. Una exclamación surgió de cientos de gargantas ¡SIGMAR!

Tres majestuosos pegasos descendieron ante Sir Taurinus. Había visto cientos de veces esas hermosas criaturas, pero nunca dejaban de asombrarle. Dos de ellos venían con dos jinetes, pero las frágiles damiselas no resultaban apenas carga para el poderoso animal. Una vez en el suelo, los galantes caballeros voladores ayudaron a descender a tan hermosas figuras. Más allá, los jóvenes caballeros empezaron a sacar pecho y adoptaron posturas aún más marciales y exageradas. A pesar de lo inesperado del suceso, Sir Taurinus no pudo evitar sonreír. ¡Ah! Los ardores de la juventud. Las dos doncellas se acercaron con cadenciosos andares que hicieron latir también más rápido su corazón.

Ludwing estaba lanzando las bendiciones rituales antes del combate. Los hombres ya lo habían sido, y ahora les tocaba a las poderosas máquinas de guerra, ingenios salidos de la inspiración de los ingenieros por Sigmar para someter a los enemigos del Imperio. En ese momento, oteó una pequeña nube de polvo que se acercaba. Entre ella, vio insignias imperiales, lo que le tranquilizó. Al poco, pudo distinguir jóvenes jinetes imperiales, cuyos caballos caracoleaban libremente levantando tal nube de polvo. A pesar de su arrogancia, eran consumados jinetes. Aunque más le impresionó las fastuosas túnicas de dos hombres que les acompañaban en las grupas. Dos representantes de las poderosas escuelas de magia de Altdorf descendieron, y con un solo gesto con sus báculos, el polvo del camino se desprendió de los ahora impolutos ropajes. Satisfechos, se acercaron hacia Ludwing.

¡Salve, Sir Taurinus! Pronunció la mayor de las doncellas. Tu fama trasciende esta región, y hemos sabido del conflicto que te aguarda con los arteros vecinos del imperio. Su falso dios y sus insidiosas máquinas de guerra alimentan su codicia sin límites. Pero la Dama está contigo, y nosotras, como sus humildes representantes, hemos acudido en tu auxilio en la batalla que te aguarda hoy. Tu merecida victoria inflamará el valor de los jóvenes bretones

¡Que Sigmar te guarde, poderoso Ludwing! Las estrellas nos han revelado el contencioso que tenéis con esos bárbaros bretones, y la invasión de las tierras que históricamente son del imperio. Sabemos que la victoria está con las tropas de Sigmar, por eso hemos venido para ayudarte contra la magia de las traicioneras brujas de Bretonia. ¡Por el emperador! Exclamó el Hechicero de la túnica celeste.

El sol ya refulgía sobre las recias armaduras de los arrodillados caballeros, que recién lustradas brillaban cegadoramente. Un quedo murmullo de aquellos hombres era lo único que se oían mientras confiaban sus pensamientos, sus esperanzas y sus sueños a la Dama del Lago, implorando su bendición. Y entonces, como un solo hombre, todos levantaron su rostro hacia el cielo. El fanatismo ardía en sus ojos. Montaron en sus poderosas purasangres, el orgullo de Bretonia, hicieron ondear sus pendones, y partieron hacia la gloria de la batalla.

El tren de artillería ya había sido emplazado y la poderosa infantería formaba cuadros para defenderse de las feroces cargas bretonianas. Ludwing observaba con

satisfacción como las tropas cumplían sus órdenes con total disciplina. En ese momento, la maleza se abrió y un individuo de oscuros ropajes y portando un gran arco se arrodillo ante Ludwing. ¡Mi señor! Se aproximan las tropas enemigas. ¡Sus caballos hacen temblar el suelo! Ludwing miró al jefe de sus batidores ¡Tranquilo, su caballería no es nada frente a nuestra fe en Sigmar! ¡Su orgullo será su caída!

Los dos generales, cada uno flanqueado por los dos mágicos consejeros que se le había unido, se reunieron en el centro del campo de batalla, en un posiblemente vano intento de evitar el baño de sangre. Las miradas desconfiadas se sobreponían a los diplomáticos saludos.

Y entonces sucedió. Todos los hombres allí reunidos sintieron un estremecimiento en su alma. Y posaron su mirada hacia el este. Y allí, abriéndose camino a través de la tierra con sus descarnadas manos, una horda de muertos vivientes se estaba levantando. Más allá, negros nubarrones sobrenaturales empezaban a cubrir el cielo mientras una mesnada de negros caballeros montando esqueléticos corceles se aproximaban hacia ellos.

Desde el norte, un vórtice de energía se abrió, y vomitó un grupo de sucios demonios, que se incorporaron a los poderosos jinetes adoradores de los oscuros dioses, que acudían aún cubiertos del polvo de los desiertos del caos, mientras la tierra gemía por su innatural presencia.

Desde la cordillera montañosa del oeste, un gran grito llegó hasta ellos, un sonido que estremeció los corazones de los más veteranos. ¡WAAAGGGHHH! Cientos de pieles verdes se precipitaban hacia el valle, aplastando la hierba bajo su imparable avance.

Toda clase de criaturas empezaron a aparecer antes las tropas que allí había, que asustadas se habían ido acercando sin percatarse.

Indignos guerreros, mitad hombres mitad bestias.

Distantes elfos, unos relucientes y altivos, aquellos de oscuros ropajes y más allá de fiero semblante.

Grandes y hambrientos ogros, ya relamiéndose ante la expectativa de un banquete.

Seres bajos, barbudos y con malas pulgas, que respondían al nombre de enanos. Entre ellos, había algunos con taparrabos y llamativas crestas de colores.

Viles hombres ratas, seguidos de hordas de sucios roedores.

Extraños seres, cubiertos de escamas pero que caminaban sobre dos patas.

Los dos generales contemplaron a sus atónitas tropas. ¿De donde habían salido y por qué había allí tal concentración de innaturales y peligrosos enemigos? Y en ese momento sus vistas se cruzaron. Y en ese momento, no se miraron con desconfianza. Una súbita comprensión animó sus ojos. Comprendieron que estaban solos, que separados no podían ofrecer resistencia, pero que unidos podían intentar rechazar las fuerzas enemigas. Entendieron que eran los únicos humanos que allí habían, y que el mundo entero era un lugar hostil donde solo juntos podrían sobrevivir.

Tal vez, si sobrevivían, no tardaran demasiado tiempo en volver a enemistarse. Pero ese día lucharían juntos. Y no lo harían por Sigmar, ni por la Dama, ni por otro distante dios. Lo harían....

¡POR LA HUMANIDAD!

Trasfondo Pareja 60
Luis Carlos Suárez Caballero (LCS) Imperio
Juan Diego Soto Saura (Sir Taurus) Bretonia